



CAPÍTULO XI

Inminencia de un nuevo levantamiento



El 31 de mayo es una de las grandes fechas de la Revolución, tan significativa como el 14 de julio y el 5 de octubre de 1789, el 21 de junio de 1791 y el 10 de agosto de 1792, pero quizá la más trágica de todas. Aquel día hizo el pueblo de París su tercer levantamiento, su último y supremo esfuerzo para imprimir a la Revolución un carácter verdaderamente popular. Para llegar a este caso, hubo de dirigirse, no contra el rey ni la corte, sino contra la Convención Nacional, para eliminar de ella a los principales representantes del partido girondino.

El 21 de junio de 1791, día de la detención del rey en Varennes, cierra una época; la caída de los girondinos, en 31 de mayo de 1793, cierra otra, y se convierte al mismo tiempo en imagen de todas las

revoluciones futuras. En lo sucesivo no habrá revolución sería posible si no realiza su 31 de mayo. O la revolución tendrá su jornada en que los proletarios se separarán de los revolucionarios burgueses, para dirigirse allá donde éstos no podrán seguirles sin dejar de ser burgueses; o no se hará tal separación, y entonces no será una revolución.

Hasta nuestros días trasciende lo trágico de la situación de los republicanos en aquella fecha. No se trataba ya de un rey perjuro y traidor, sino de antiguos compañeros de lucha a quienes era preciso declarar la guerra, porque de otro modo, la reacción comenzaría en junio de 1793, cuando la obra principal de la Revolución — la destrucción del régimen feudal y de los principios de monarquía y de derecho divino —, estaba apenas comenzada. O proscribir los republicanos girondinos, que hasta entonces habían dado valerosamente el asalto al despotismo, pero que a la sazón decían al pueblo: «¡De aquí no pasarás!» O levantar al pueblo para eliminarles, pasar sobre sus cuerpos, para procurar el término de la obra comenzada.

Esa situación trágica se manifiesta perfectamente en el folleto de Brissot, *A sus comitentes*, fechado en 26 de mayo, de que ya queda hecha mención.

En efecto, en aquellas páginas se agita una cuestión de vida o muerte: Brissot juega su cabeza lanzando aquel folleto en que se enfurece hasta pedir la guillotina para los que denomina los anarquistas. Tras la publicación de aquel escrito, sólo quedan dos caminos: o los «anarquistas» se dejarían guillotinar por los girondinos, lo que abriría la puerta a los realistas, o los girondinos serían expulsados de la Convención, y entonces serían ellos quienes debieran morir.

Es evidente que los montañeses no se decidieron con ligereza a recurrir al motín, para arrojar de su seno a los principales directores de la derecha. Durante más de seis meses venían procurando llegar a una avenencia cualquiera. Danton especialmente se dedicaba a negociar un compromiso; Robespierre se dedicaba por su parte a paralizar «parlamentariamente» a los girondinos sin recurrir a la fuerza; Marat mismo dominaba su cólera para evitar la guerra civil.

De esa manera se logró retardar la separación; pero ¡a qué precio! La Revolución estaba paralizada; nada se hacía para consolidar lo que ya había adquirido; se vivía al día.

El antiguo régimen conservaba toda su fuerza en las provincias; las clases privilegiadas acechaban el momento de recobrar las fortunas y las plazas perdidas, de restablecer la monarquía y los derechos feudales que la ley no había anulado todavía; al primer fracaso en la guerra el antiguo régimen volvería victorioso. En el Mediodía, el Sud-Oeste y el Oeste, la masa continuaba perteneciendo a los curas, al papa, y por ellos a la monarquía. Verdad es que una gran parte de las tierras, quitada al clero y a los ex-nobles, había pasado ya a poder de la burguesía, grande y pequeña, y también de los campesinos; que las rentas feudales no



EL BUEN PATRIOTA
MEDALLA
DEL PÈRE DUCHESNE



TRIUNFO DE MARAT

eran anuladas ni pagadas; *pero todo estaba en estado provisional*, y si mañana el pueblo, extenuado por el hambre y la miseria, cansado de la guerra, se encerraba en sus tugurios y dejaba hacer, el antiguo régimen volvería triunfante al cabo de poco tiempo.

Desde la traición de Dumouriez, la situación de la Convención era insostenible. Sintiendo herida por la traición de su general favorito, la Gironda redobló su rabia contra los montañeses: acusada de connivencia con el traidor, no supo defenderse más que pidiendo el proceso de Marat, por el manifiesto lanzado por los jacobinos

el 3 de abril, al conocerse la traición de Dumouriez, firmado por Marat como presidente.

Aprovechándose de que gran número de miembros de la Convención se hallaban en misión cerca de los ejércitos y en los departamentos, y que la mayor parte eran montañeses, los girondinos pidieron a la Convención decretara la acusación de Marat, lo que se hizo el 12 de abril; después que le enviara al tribunal revolucionario por haber predicado el asesinato y el pillaje. El decreto de prisión fué acordado el día 13 por 220 votos contra 92, sobre 367 votantes, con 7 votos para el aplazamiento y 48 abstenciones.

Sin embargo, fracasó el golpe. El pueblo de los arrabales amaba demasiado a Marat para dejarle condenar: los pobres sentían que Marat era pueblo y jamás le haría traición.

Cuanto más se estudia hoy la Revolución, más se conoce lo que Marat hizo y dijo, y más se descubre cuán inmerecida es la fama de siniestro exterminador que le han hecho los historiadores, admiradores de los burgueses girondinos. Casi siempre, desde las primeras semanas de la convocatoria de los Estados generales, y sobre todo en los momentos de crisis, Marat vió mejor y más justo que los otros, incluso los otros dos grandes directores de la opinión revolucionaria Danton y Robespierre.

Desde el día en que Marat se lanzó a la Revolución, se dió a ella por completo, y vivió en la pobreza mientras los otros alcanzaban el poder. Hasta su muerte, a pesar de la fiebre que le consumía, no cambió su género de vida; su puerta estaba siempre abierta para los hombres del pueblo. Pensaba que la dictadura ayudaría a la Revolución a atravesar sus crisis; pero no procuró jamás la dictadura para sí mismo.

Por sanguinario que fuera su lenguaje respecto de los personajes de la corte — sobre todo al principio de la Revolución, cuando decía que si no se cortaban algunas miles de cabezas no se haría nada y la corte aniquilaría a los revolucionarios —, tuvo siempre atenciones hacia los que se habían dedicado a la Revolución, aun cuando a su vez se convertían en obstáculo al desarrollo del movimiento. Desde

los primeros días comprendió que la Convención, con un fuerte partido girondino en su seno, no podría marchar; pero procuró al principio evitar la depuración violenta, y se hizo partidario de ella y su organizador cuando vió que era preciso optar entre la Gironda y la Revolución. Si hubiera vivido, es probable que el Terror no hubiera tomado el carácter feroz que le imprimieron los hombres del Comité de seguridad general. No se hubieran servido para su acción, de una parte



DECLARACIÓN DE GUERRA — FRANCIA Y AUSTRIA 1792

del partido avanzado, de los herbertistas, y de otra parte, de los conciliadores, como Danton (1).

Tanto como el pueblo amaba a Marat, le detestaban los burgueses de la Convención. Los girondinos, que querían debilitar la Montaña, decidieron comenzar por él, pensando que sería menos defendido que los otros.

(1) Marat tenía razón para decir que sus obras publicadas al principio de la Revolución, *Offrande a la Patrie*, *Plan de constitution*, *Legislation criminelle*, y los cien primeros números del *Amigo del pueblo* están llenos « de consideraciones, de moderación, de amor humano, de libertad y de justicia ». (Chevreumont, *Marat*, t. I, p. 125). — Jaurés, que ha leído a Marat con atención, habrá contribuido mucho a mostrarle tal cual era, — sobre todo en el cuarto volumen de su *Historia de la Revolución*.

En cuanto París tuvo noticia del decreto de prisión lanzado contra Marat, la agitación fué inmensa. La insurrección iba a estallar el 14 de abril si los montañeses, incluso Robespierre y el mismo Marat no hubieran predicado la calma. Marat, que no se dejó prender en seguida, compareció el día 24 ante el tribunal y fué absuelto por los jurados. Después fué llevado en triunfo a la Convención sobre los hombros de los descamisados.

Los girondinos fallaron el golpe, y aquel día comprendieron que ya no se levantarían. Fué para ellos «un día de duelo», como dijo uno de sus diarios. Brissot escribió su último folleto *A sus comitentes*, en el que hizo todo lo posible por despertar las pasiones de la burguesía rica y comercial contra «los anarquistas».

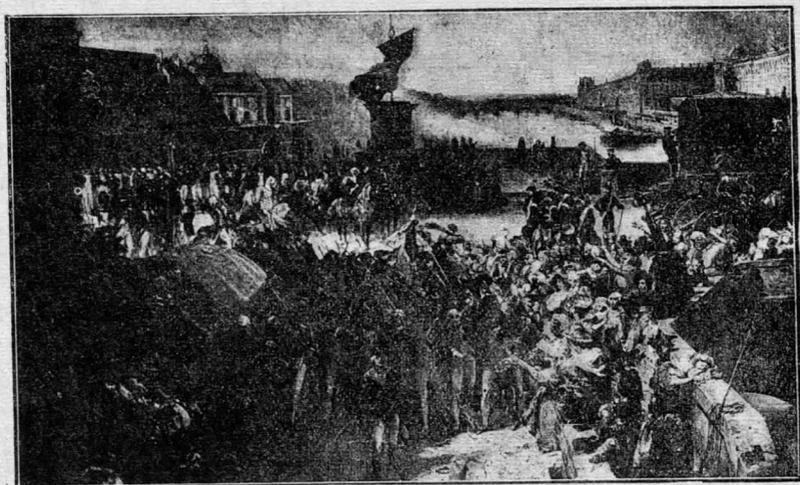
En aquellas condiciones, la Convención, cuyas sesiones eran asaltos furiosos entre los dos partidos, perdía la consideración del pueblo, en tanto que el Ayuntamiento de París adquiría naturalmente el ascendiente por la iniciativa de las medidas revolucionarias.

La escasez tomaba aspecto cada vez más lúgubre en las grandes ciudades a medida que avanzaba el invierno de 1793. Los municipios tropezaban con dificultades inmensas para procurar el pan en cantidad de cuatro onzas diarias por habitante, y para lograrlo, especialmente el Municipio de París, contraían deudas enormísimas.

En tal situación, el Municipio de París ordenó la imposición sobre los ricos de un impuesto progresivo de mil doscientos millones de libras para los gastos de la guerra. Una renta de mil quinientas libras para cada jefe de familia, y de mil libras por cada otro miembro de familia, se consideraba como «lo necesario» para la liberación del impuesto, y todo lo que superaba esa renta era tratado como «superfluo» y pagaba un impuesto progresivo de treinta libras sobre un superfluo de dos mil a tres mil libras; y así sucesivamente, hasta tomar veinte mil libras sobre un superfluo de cincuenta mil.

Para el tiempo de guerra que Francia sostenía, en medio de una revolución y de un hambre general, era todavía muy poca cosa: de ello se resentían las grandes fortunas, mientras que en una familia

de seis personas, si tenía diez mil libras de renta, pagaba con menos de cien libras aquel impuesto extraordinario. Pero los ricos lanzaron sus gritos de protesta, mientras que Chaumette, el promotor de aquel impuesto, a quien los girondinos odiaban a muerte después de Marat, decía con plena convicción: — «Nada me hará cambiar de principios; y, con el cuello bajo el cuchillo, gritaría aún: *El pobre ha hecho todo; que el rico haga a su vez.* Han de convertirse en personas útiles los



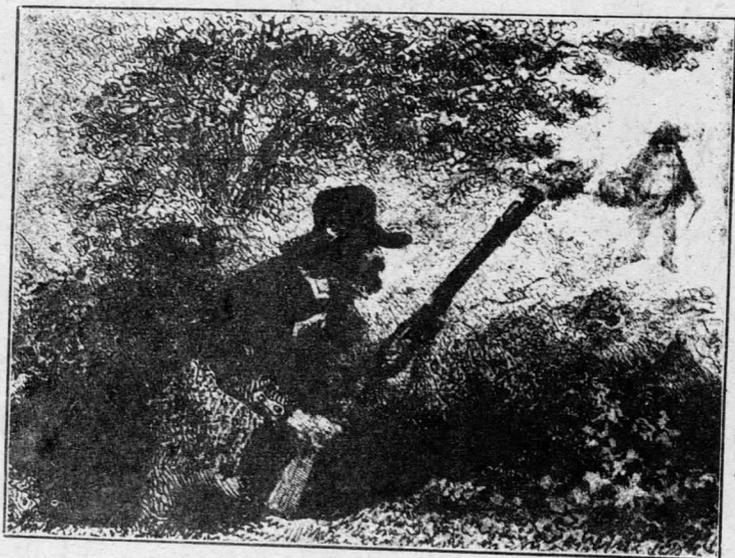
LA GUARDIA NACIONAL PARIISIENSE PARTE A INCORPORARSE AL EJÉRCITO

egoístas, los desocupados, y se ha de procurar reposo al obrero útil y respetable.»

La Gironda redobló su odio hacia el Ayuntamiento que lanzó la idea de ese impuesto; pero fué general entre la burguesía la explosión de odios que estalló cuando Cambón propuso a la Convención, e hizo votar, el 20 de mayo, con el apoyo de las tribunas, un empréstito forzoso de mil millones, exigido en toda la nación a los ricos, fundado sobre principios análogos a los del impuesto del Municipio y garantido con la venta de bienes de los emigrados a medida que fueran vendiéndose. En las difíciles circunstancias que atravesaba la República no había otra salida posible que un impuesto de ese género; pero los defensores de la propiedad estuvieron a

punto de acometer a los montañeses en la Convención cuando éstos sostenían aquel proyecto de empréstito forzoso. Casi llegaron a las manos.

Si se necesitaran pruebas todavía de la imposibilidad de continuar y salvar la Revolución mientras los girondinos permanecieran en la Convención y de que los dos partidos se paralizaban mutuamente,



EL CHOUAN

esos debates sobre el empréstito constituyeron la más evidente demostración.

Pero lo que sobre todo exasperaba al pueblo de París, era que para detener la Revolución, de que París había sido hasta entonces el más ardiente foco, los girondinos hacían cuanto podían para levantar los departamentos contra la capital, sin reparar, ante el ansia de lograr su objeto, en concertarse con los realistas: antes la monarquía que dar un solo paso hacia la República social; antes inundar París de sangre y arrasar la ciudad maldita, que dejar al pueblo de París y a su municipio la iniciativa de un movimiento que amenazaba las propiedades burguesas.

Como se ve, Thiers y la Asamblea de Burdeos tuvieron antecesores en 1793.

El 19 de mayo, los girondinos, por una proposición de Barère, hicieron decretar la formación de una Comisión de los Doce, para examinar los acuerdos tomados por el Municipio, y esa Comisión, nombrada el 21, fué la pieza principal del mecanismo del gobierno. Dos días después, el 23, hizo prender a Hebert, el substituto del procurador del Ayuntamiento, amado por el pueblo por el franco republicanismo de su periódico el *Père Duchesne*, y Varlet, el favorito de los pobres de París, un «anarquista», diríamos hoy, para quien la Convención era una «tienda de leyes», y que predicaba en las calles la revolución social. Pero no se detuvieron ahí las prisiones, porque la Comisión de los Doce se proponía también perseguir las secciones. Exigió que se le entregaran los registros de las secciones, y mandó prender al presidente y secretario de la sección de la Cité, que se negaron a entregar sus registros.

Por su parte, el girondino Isnard, que presidía la Convención durante aquellas jornadas — un autoritario que ya presagiaba a Thiers —, contribuyó a la agitación con sus amenazas: amenazó a los parisienses, diciendo: — Si atentan contra la representación nacional, París será destruído. «Pronto se investigará sobre las orillas del Sena si ha existido París». Tan estúpidas amenazas, tan semejantes



JACQUES CATHELINEAU — GENERALÍSIMO
DE LOS INSURRECTOS VENDEANOS

a las de la corte en 1791, colmaron el furor popular, y el día 26 casi todas las secciones recurrieron a las armas. La insurrección era inevitable, y Robespierre dijo en los Jacobinos, en la noche del 26, que, en caso necesario, él, por sí solo, estaba dispuesto a declararse en



PARÍS SERÁ DERRUÍDO

rebeldía contra los conspiradores y traidores que tenían asiento en la Convención.

Ya en 14 de abril, 35 secciones, de las 38 en que se dividía París, pidieron a la Convención que excluyera de su seno veintidós representantes girondinos, cuyos nombres indicaban. Después, a la fecha antes mencionada, las secciones se insurreccionaban para obligar a la Convención a obedecer el voto de la población parisiense.

